



**ARTICLES:**

Christina Civantos. "The Pliable Page: Turn-of-the-21st-Century Reworkings of Villaverde's <i>Cecilia Valdés</i> ."	2
Guadalupe Gerardi. "Interrogating Monstrosity and the Grotesque in Griselda Gambaro's <i>Nada que ver</i> and <i>Nada que ver con otra historia</i> ."	13
Rodrigo Viqueira. "La escritura fonográfica de Rodolfo Walsh: La grabadora y la disputa por la voz obrera en <i>¿Quién mató a Rosendo?</i> ."	21
Daniel Arbino. "'Together We're Strong': Cross-Cultural Solidarity in Angie Cruz's <i>Dominicana</i> ."	30
Marisela Fleites-Lear. "Miamiando: Performing Cubanness in the Time of Elián in Jennine Capó Crucet's <i>Make Your Home Among Strangers</i> ."	40
Teddy Duncan, Jr. "Politics of Dismissal and Death: <i>Tentacle</i> , Necropolitics, and the Political Subject."	49
Cynthia Martínez. "The Ghost and the Double: Identity, Migration, and Storytelling in Francisco Goldman's <i>The Long Night of White Chickens</i> ."	54

**CREATIVE:**

Lucía E. Orellana Damacela. "Blues."	65
Esteban Córdoba. Two short stories: "Espera" and "Risco."	69
Paul Evaristo García. "Darkest Before Dawn."	71
Ana Duclaud. "Alto Oleaje."	76
Alexander Ramirez. "The Decay of the Angel."	79
Shane Blackman. Three Sonnets: "Listen to Irene Cara", "Octavio Paz and the Nobel", "The Goals of Diego Maradona."	83
Allen Zegarra Acevedo. "Los de arriba."	85
Elliott Turner. "El Cautiverio."	87
Erika Said Izaguirre. "Del north al south."	95
Thomas Glave. "But Who Could Have Known? (Grief, Gratitude)."	104
Óscar Gabriel Chaidez. "Yuma."	111

**REVIEWS:**

<i>Nuevos fantasmas recorren México. Lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI.</i> Por Carolyn Wolfenzon. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana -Vervuert, 2020. 338 páginas. Reviewed by: Roberto Cruz-Arzabal.	115
<i>Le Maya Q'atzij/Our Maya Word: Poetics of Resistance in Guatemala.</i> By Emil Keme'. University of Minnesota Press, 2021. 258 pages Reviewed by: Ignacio Carvajal.	117
<i>Centenary Subjects: Race, Reason, &amp; Rupture in the Americas.</i> By Shawn McDaniel. Vanderbilt University Press, 2021. 282 pages. Reviewed by: Anibal González Pérez	119
<i>Falso subalterno. Testimonio y ficción en la narrativa chilena de postdictadura.</i> By José Salomon Gebhard. Santiago: Piso Diez Ediciones, 2021. 196 pages. Reviewed by: Ana Traverso Münnich	121

## Los de arriba

Allen Zegarra Acevedo

**BIOGRAPHICAL NOTE:** Allen Zegarra Acevedo is a Ph.D. candidate in the Department of Spanish and Portuguese Studies at the University of Florida. His creative works include poetry, short stories, playscripts, and novels. In 2018 he received a scholarship, "Novel Beginnings", sponsored by the Highlights Foundation.

Una vez más, Catalina había tenido que mudarse de apartamento. Quería seguir una maestría, y ahorrar lo máximo posible era una manera de comenzar a darle forma a su plan. Sin embargo, las dos mudanzas anteriores habían sido motivadas por terceros. Su paciencia llegó al límite cuando el mal dormir empezó a afectar su rendimiento. Hubo días de semana en los que a duras penas logró conciliar el sueño. Los vecinos resultaron ser una gavilla de bullangeros que tenían la residencia universitaria sumida en una apocalíptica barahúnda.

Lo único que le agradaba del nuevo apartamento era su tranquilidad: no se oía la estridencia de esa musiquilla que a punto estuvo de reventarle los tímpanos y convertirla en una histérica. El espacio era reducido, provisto de muebles desvencijados y escasa luz natural. "No necesito más", rumió luego de inspeccionarlo el día que firmó el contrato de arrendamiento.

Las cajas con libros, prendas de vestir, zapatos y otros artículos se apilaban a un lado de la puerta principal que daba a la salita. Durante un rato lamentó haber rechazado la ayuda que Reynaldo, su enamorado, le había ofrecido. "Después se cobra con excesivos intereses", pensó, al tiempo que sonrió con malicia.

El chirrido de un somier la sobresaltó cuando empezaba a cabecear en medio de la quietud de la noche. Los grillos habían enmudecido.

—Esto nomás faltaba —dijo, aguzando la audición—. Unos vecinos tiradores —agregó.

Agotada, tras haber puesto cada cosa en su lugar, Catalina tomó una ducha fría y se acostó. El chirrido estaba ahora acompañado de gemidos cadenciosos.

—Prefiero esto mil veces a esa música de porquería —susurró resignada.

—¿Y esas ojeras, mi amor? —preguntó Reynaldo, ni bien la vio entrar en la cafetería de la facultad la mañana siguiente—. Parece que te pasaste la noche en vela.

Catalina frunció el ceño.

—Mis vecinos de arriba tienen la culpa —refirió antes de bostezar.

—¿Cómo dices? —inquirió él, extrañado.

—En el segundo piso hay una parejita que se pasó toda la noche tirando.

Reynaldo rio como un descosido.

—Y tú solita, muriéndote de ganas. Me hubieras llamado, pues. Catalina le dio un piquito.

—Para eso querías ir a mi apartamento. Lo de la ayuda era sólo un cuento.

Reynaldo esbozó una sonrisa, la estrechó entre sus brazos y la besó.

—Esta noche nos desquitamos —le dijo al oído.

Ella lo apartó, empujándolo suavemente.

—Ni lo sueñes. Toda la semana tenemos prácticas. Te aguantas hasta el viernes— espetó inmisericorde, y se dirigió al dependiente que esperaba el pedido tras del mostrador.

Bien entrada la noche Catalina notó que los grillos se habían callado nuevamente.

—¿Acaso están aconchabados con esos degenerados? —se preguntó mientras intentaba conciliar el sueño.

El chirrido se escuchaba tan nítido que, pese a su ostensible soledad, se aventuró a fantasear que las fogosas escenas estaban ocurriendo en su apartamento.

—Ya quisiera Reynaldo tener un poco de esa...

Tardó unos segundos en elegir las palabras.

—Pericia, mañana... animalidad. Eso, animalidad —repitió y exhaló un suspiro.

Se ovilló en una sábana celeste, cerró los ojos y trató de dormir.

Para Reynaldo la semana había pasado con una lentitud angustiante. Las ojeras de Catalina ya no le llamaban la atención; menos aún, después de seis prácticas calificadas. "¡Qué mejor forma de distendernos que haciendo el amor!" Le había sugerido él mientras hablaban por teléfono la noche anterior. Su febril apetencia lo había llevado a idear diálogos y a concebir posturas que llegado el momento de la verdad fue incapaz de reproducir.

Catalina se desplazó hacia un extremo de la cama.

—En buena hora conseguiste un apartamento en el primer piso —dijo Reynaldo, todavía jadeante—. De lo contrario, tus vecinos se iban a quejar de tanto ruido —agregó, pegando su pecho salpicado de sudor a la tersa espalda de ella.

El comentario intrigó a Catalina.

—Hoy no han tirado los de arriba —dijo extrañada—. A esta hora ya están por su tercer o cuarto viaje.

Reynaldo se apartó de ella, miró al cielo raso y tragó saliva. Los grillos, en contraste, se desgañitaron hasta que la tenue luz de la alborada se coló en la pieza.

El paso de los días excitó la voraz curiosidad de Catalina.

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién es la afortunada? ¿Por qué nunca me los cruzo durante el día? ¿Quién puede tirar de esa manera tan seguido?

Conjeturaba mientras escuchaba el incesante chaca chaca de la cama en el piso de arriba. Los gemidos y aullidos de sus vecinos inflamaban los acompasados chasquidos de la piltra hasta que unos estertores pausaban la danza incandescente.

—¿Y los grillos por qué se callan? —se preguntaba.

Al ratito, la cama volvía a encenderse. El fragor de las fricciones descendía en forma de ondas verticales. Y, los grillos volvían a callar.

Catalina tomó otra ducha fría. Desnuda, frente al espejo del baño, se puso sombras café claro para cubrir las ojeras que se habían acentuado en los últimos días. Con ambas manos alborotó los risos de su cabello azabache que cosquilleaba sus hombros. En la cama, se enfundó un calzón rojo tipo bikini, pero desistió del sostén. Vistió una blusa sencilla de color verde, un faldón negro y unas sandalias del mismo color. Antes de salir, entró en el baño y se miró de nuevo en el espejo. Mientras subía la escalera, escuchó los grillos romper la quietud del plenilunio. Al primer toquido, los goznes crujieron,

la puerta se entreabrió, y desde una pieza insondable una voz engolada la invitó a pasar:

—A-de-lan-te —dijo.

En Barrio Porvenir la escandalera de grillos comienza a quebrantar el sosiego vespertino. Una mujer está leyendo un cartel que Reynaldo acaba de pegar en el poste de alumbrado público.

—Disculpe, señora —dice algo timorato.

La mujer, que ya ha empezado a subir la escalera, se detiene.

—Sí, dígame, joven.

—¿Conoce usted a las personas que viven en el apartamento 204?

La mujer extravía la mirada, coge el herrumbroso pasamano y baja del peldaño al que acaba de subir.

—Hace tiempo que ese apartamento está deshabitado. Hace como cinco años —dice en voz baja.

—¡No puede ser! —objeta Reynaldo.

—Tuvo que suceder una desgracia para que las autoridades clausuraran ese prostíbulo —revela la mujer con voz lastimera.

—¿Qué está diciendo? —la cuestiona.

—Una prostituta y su proxeneta fueron asesinados en el 204 —afirma la sexagenaria después de girar la cabeza cual búho para asegurarse de que nadie escucha su conversación.

Reynaldo vuelve la mirada, enmarcada en pronunciadas ojeras, hacia el letrero dominado por la fotografía de Catalina. "Se busca", lee descorazonado.

FIN